

Sin duda, señores, este es un pensamiento muy absurdo, y yo me guardaré muy bien de creer en él y de decirlo. Cuando los santos entran en el cielo vencedores de la muerte y de la vida, no entran allí despojados de su existencia anterior como seres, sin pasado, sin porvenir, sin hábitos adquiridos; entran, por el contrario, en la plena posesion de una personalidad laboriosamente perfeccionada, con toda su alma y todas sus obras, segun aquella hermosa profecía del apóstol San Juan, que asistiendo en espíritu á los últimos dias del mundo, oyó de lo alto una voz que decia: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor..... porque sus obras les siguen* (1). Siguenles sus obras, porque están vivas como ellos y en ellos; vivas en el amor que ha sido su fruto y que sube con los santos al cielo, no para perder allí su carácter primitivo de eleccion y de sacrificio, sino para conservarle por toda una eternidad en la inmutabilidad de la vision beatífica. Los santos no tienen en el cielo otro corazon distinto del que tenían en la tierra; el objeto de su peregrinacion era formar dentro de sí mismos, por medio de la prueba, un amor que mereciese agradar á Dios y subsistir eternamente en su presencia. Lejos de cambiar este amor de naturaleza, es su naturaleza misma; su grado, adquirido en el libre ejercicio de la voluntad, es el que determina la medida de beatitud en cada elegido. A proporcion que el hombre tiene mas afecto hácia su Dios, goza en la vision de la esencia divina un éxtasis mas profundo y una felicidad mas completa. El movimiento de su corazon en el estado que le ha cogido la muerte, es el que arregla el puesto que debe ocupar en el seno de la vida; y la perseverancia inalterable de este movimiento, causada por la vista de Dios, es la única que distingue el amor del tiempo del amor de la eternidad. Dios reconoce en sus santos á los Apóstoles, á los Mártires, á las Vírgenes, á los Doctores, á los solitarios, á los hospitalarios que le han confesado en otros tiempos en medio de las tribulaciones del mundo; los santos, á su vez, reconocen en Dios á aquel que han amado exclusivamente, tanto en el tiempo de las desgracias como en el de su libertad. Nada hallan de extraño en el sentimiento que experimentan, nada hay de nuevo para ellos en su corazon. Aman al que habían elegido, gozan de aquel á quien se habían entregado, estrechan al que ya poseían, y su amor se dilata en la certidumbre y la alegría de una inadmisibile union; pero no

(1) Apocalipsis, cap. 14, vers. 13.

está separado del tronco donde nació: Dios le coge sin cortarle, y le corona sin cambiarle.

Así es, señores, cómo cesa la prueba del libre albedrío; y sin embargo, el amor subsiste íntegro en el alma en que Dios le recompensa. Pero hasta entonces dura la lucha en el corazon del hombre entre el bien y el mal, entre su tendencia hácia Dios por la caridad, y su tendencia hácia sí mismo por el egoismo de las pasiones. El mundo exterior se arma para subyugarle con todas las bellezas que ha recibido con otro intento; opone el encanto visible al orden eterno que debe obtener todas nuestras miradas y arreglar todos nuestros actos. Balanceados entre estos dos atractivos, necesitamos fuerza para mantenernos unidos á la estrella polar del verdadero bien, y á esta fuerza la damos un nombre mas ilustre todavía que el de amor, porque la llamamos virtud. El amor sin virtud no es sino una debilidad y un desórden; por la virtud llega á ser el complemento de todos los deberes, y el lazo que nos une, primero á Dios, y despues á todas sus criaturas, y se convierte en justicia y caridad, dos cosas que no son mas que una, y que nos fueron dadas el dia de nuestra creacion, para que fuesen, despues de la verdad, el segundo medio de responder á nuestro destino y de alcanzar nuestro fin.

Nada mas tendria que decirnos, señores, si hoy, como en tiempos anteriores, no debiésemos buscar en el racionalismo la contraprueba de la doctrina que acabo de exponeros. Esta doctrina atestigua que existe entre el bien y el mal una diferencia infinita, puesto que el bien es Dios en cuanto que es orden, y que el mal es opuesto al orden, es decir, á Dios; ella atestigua que el bien es el objeto de la voluntad, su perfeccion y su beatitud, y que la voluntad corresponde á él por el amor, fruto desinteresado del libre albedrío y de la virtud; afirma en fin, que siendo el hombre libre para amar ó para aborrecer, para hacer el bien ó no hacerlo, es responsable de sus actos ante la justicia suprema de Dios. ¿Es esta tambien la doctrina del racionalismo? Al afirmar lo contrario no necesito preveniros que tomo la palabra racionalismo en su acepcion general, y no como representando á tal ó cual clase de filósofos. El racionalismo no tiene sino un principio, que es la suficiencia de la razon por sí sola, para explicar el misterio de los destinos; pero hay mil cabezas que se contradicen y por consiguiente no cae jamás sobre todos juntos la responsabilidad de los mismos errores. Esta divergencia descarga á este ó al otro filósofo.

sofo de algun sistema condenable; pero no descarga al racionalismo, cuyo punto de partida es la causa de todos los dogmas que engañan el pensamiento corrompiendo lo verdadero.

Necesitaba daros esta explicacion, en el momento en que el racionalismo se os va á presentar bajo su mas odiosa forma. Ya le habeis visto negar la existencia de Dios, la creacion del mundo por Dios, la comunicacion primitiva entre Dios y el hombre, y poner en duda hasta la nocion misma de la verdad. Despues de tales ruínas, ¿ cómo podia respetar la distincion del bien y del mal? Esta distincion no es mas que una consecuencia de la idea de Dios: echada esta por tierra, el órden moral se desvanecia por sí mismo. Sin embargo, una cosa es atacar el órden moral en su origen; otra atacarle de frente y directamente. Aun cuando no hubiese Dios, ó aun cuando no hubiese sino un Dios para quien fuesen indiferentes los actos del hombre, el alma puede ensayar todavia el refugiarse en sí misma, creándose allí por su propia fuerza unos deberes sagrados. Ella puede, á pesar de la profundidad de las negaciones en que se halla sentada, no negarse á sí misma, sino por una contradiccion generosa, reconocerse leyes é imponerse sacrificios. Por débil que sea esta barrera, es un resto de conciencia, un honor para el hombre, una salvaguardia de la sociedad. ¡Qué crimen tan grande no es el disputarnos la posesion de ella, y el perseguir la idea del bien hasta en las ruínas en que nos hemos formado este último y miserable abrigo! El racionalismo no se ha avergonzado de hacerlo así; despues de haber atacado al órden moral en su principio, que es Dios, se ha arrojado sobre nuestra alma como sobre un resto de presa, y desafiándonos en este supremo asilo de nosotros mismos, nos ha disputado la realidad del amor y la realidad del libre albedrío.

Ingénuo como yo era, os hablaba hace poco de adhesiones simpáticas, de preferencias desinteresadas y de sacrificios voluntarios, y os pintaba tambien el ascendiente del bien sobre el corazon del hombre: os engañaba, señores, si hemos de creer al racionalismo; os engañaba cruelmente, y á mí mismo me engañaba con vosotros. ¿ Queréis conocer la verdad? El hombre no obra sino por un solo motivo, que es su propio interés; llama bien á lo que le es útil, y mal á lo que daña á las cosas y á los goces que posee. El deber, si es que le observa, no es mas que un medio de preservar sus derechos: el amor, caso que lo experimente, no es mas que un sentimiento de placer. El egoismo se halla en el fondo de todos los actos humanos,

sea cual fuese la apariencia ó el nombre con que se disfrace; y esas magnificas expresiones de sacrificio, abnegacion é inmolacion de sí mismo, no sirven mas que para disfrazar nuestras verdaderas inclinaciones bajo una pompa que lisonjea nuestro orgullo. La madre se ama y se busca á sí misma en su hijo; el soldado se idolatra en la gloria de su capitan ó de su patria; hasta la muerte misma está recompensada por la admiracion que nos hace revivir segun creemos en la posteridad. Seguramente, si fuese permitido esperar del hombre un sentimiento exento ó purificado de interés personal, se hallaria en el alma del cristiano, puesto que el cristianismo está basado sobre el misterio de un Dios muerto gratuitamente por nosotros. Y sin embargo, ¿ á qué dedica el cristiano su vida? á trabajar por su salvacion, es decir, por evitar el infierno y obtener el paraíso. Sus obras, aun las mas heroicas, no son sino un trato que hace con Dios. El cristiano sabe que todas ellas están anotadas, que no cae ni una á tierra, y que volverá un día á encontrar su menor partícula en aumento de felicidad. ¿ Es esto olvido de sí mismo? ¿ Es esta la caridad bajada del cielo, sacrificada en una cruz y resucitada del sepulcro, para vivir en el corazon de las generaciones? Ah! Valdria mas que nos confesásemos á nosotros mismos nuestro indeleble egoismo, y que reconociésemos con la sinceridad de una verdadera filosofía, que todo ser, de cualquier clase ó condicion que sea, no sabe obrar ni vivir sino para sí.

Se nos pide una confesion, señores; empecemos por hacerla. Sí, es imposible á ningun ser dotado de inteligencia y de voluntad separarse completamente de sus actos; yo pienso, yo quiero, yo amo, y por mas que haga soy yo el que piensa, el que quiere y el que ama, sin que esté en mi poder arrancar de mí este yo mismo. Ya haga una accion buena ó mala, me hallo allí presente y gozo de ella; y aun digo mas, si no gozase de ella no la haria, porque toda accion supone un fin, y siendo la beatitud el fin último del hombre, para el cual le ha criado Dios expresamente, es absolutamente quimérico imaginarse que llegue á obrar jamás sin tener delante de sí el pensamiento y el móvil de su felicidad. Y con todo eso, os pregunto, ¿ no hay alguna diferencia entre Neron y Tito, el primero que mata á su madre, y el segundo que hace las delicias del género humano? ¿ No hay ninguna diferencia entre el soldado que vuelve la espalda en una batalla, y el que muere con la frente al enemigo y con su patria en el corazon? Leonidas en las Termópilas, Demóstenes en Cheronea, ¿ son una misma cosa? Vosotros podeis decirlo, y yo os desafío

á que lo penseis así; pero no lo diríais tan bien delante de una reunión de hombres que hiciesen á vuestra palabra el honor de escucharla; aun cuando vuestra conciencia se mintiese á sí misma, le faltaria valor para mentir en presencia de la humanidad. Si hay alguno aquí que confunda en una misma estimacion ó en un mismo desprecio el crimen y la virtud, que se levante, que hable. Y no obstante, señores, es muy cierto que tanto Tito como Neron, buscaban su felicidad; bajo este aspecto no habia ninguna diferencia entre los dos, y si el egoismo consiste en querer ser feliz, Tito era egoista, con el mismo titulo que Neron.

¿Pero consiste el egoismo en querer ser feliz? Esta es precisamente la cuestion. Sería muy extraño que la felicidad y la inmoralidad fuesen una misma cosa. La felicidad es la vocacion del hombre, y el patrimonio natural de todos los seres inteligentes. Cualquiera de ellos al venir al mundo viene á él para ser dichoso. Este es su derecho; ¿qué digo? es su deber. Porque su deber es obedecer á Dios, y Dios le ha intimado dos órdenes iguales y paralelos llamándole á la vida: el orden de la perfeccion y el de la beatitud. Mas reparad bien en lo que he dicho: la felicidad es el patrimonio de todos sin excepcion; es la tierra natal y la patria futura de todos los que no la hayan repudiado voluntariamente. Y de aquí se sigue una gran cosa, y es que nadie debe atribuirse la felicidad de otro, y que siendo todos hijos de un mismo padre, herederos del mismo reino, nos está mandado que vivamos reunidos en la fraternidad divina de una misma beatitud. El que usurpa la parte de otro, el que quiere ser dichoso á costa de sus hermanos, el que por astucia ó por violencia divide la túnica sin mancha y sin costura de la felicidad, este es culpable de un crimen que encierra todos los demás, es culpable de egoismo, y desde el origen del mundo ha llevado un nombre y un sello, el nombre de Caín, el sello de la reprobacion. El que por el contrario quiere ser feliz con todos, que no quita nada á nadie de su derecho patrimonial á la felicidad y que hasta da parte del que él tiene, este tambien lleva un sello y un nombre desde el origen del mundo: el nombre de Abel y el sello de la caridad. La caridad no consiste en ser desgraciado, así como tampoco consiste el egoismo en ser dichoso; consiste la caridad en no perturbar el bien de los otros y en comunicarles el suyo, comunicacion que, lejos de empobrecer, enriquece á la vez al que da y al que recibe. El bien ha recibido de Dios esa admirable elasticidad que la particion multiplica sin disminuirla, y que cayendo de la mano derecha vuelve á entrar

en la izquierda, semejante al océano que recibe todas las aguas de la tierra, porque se las vuelve todas al cielo.

En hora buena, me diréis; esta explicacion justifica el sentimiento íntimo de la humanidad, que siempre ha establecido entre el bien y el mal una diferencia infinita; que ha execrado á Neron y adorado á Tito; pero al conceder que la felicidad personal es el fin necesario de todos los actos del hombre ¿no destruis hasta la nocion misma del amor y del sacrificio? ¿Cómo puede haber sacrificio ni preferencia de los demás á sí, en donde se busca uno á sí mismo?

Señores, yo no he dicho que la felicidad personal fuese el fin necesario de todos los actos del hombre; porque esta palabra personal excluye de la felicidad de cada uno la felicidad de todos: he dicho por el contrario, que la felicidad era un patrimonio universal é indivisible, que nadie se apropiaba exclusivamente sin hacerse culpable del crimen de egoismo. Entended, pues, que el deber, el amor y el sacrificio, consisten en hacer de su felicidad la de los demás, y de la de los demás la suya propia, mientras que el egoismo consiste en hacer su felicidad de la desgracia de todos. Neron deseaba que el pueblo romano no tuviese sino una cabeza, para derribarla de un solo golpe: este es el egoismo. Tito tenia por perdido el dia en que habia dejado de hacer á un hombre feliz: este es el amor. « Amar, ha dicho Leibnitz, es poner su felicidad en la felicidad de otro. » Esta sublime definicion no necesita comentarios; ó se entiende ó no se entiende. El que ha amado la entiende; el que no ha amado no la entenderá jamás. El que ha amado sabe que una sombra en el corazon de su eleccion oscurece tambien el suyo; sabe que nada le costaban súplicas, lágrimas, vigiliias, trabajo y privaciones para excitar una sonrisa en los entristecidos labios del objeto amado; sabe que hubiera muerto por rescatar una vida comprometida; sabe que él era dichoso en la dicha de otro, dichoso en sus gracias, dichoso en sus virtudes, dichoso en su gloria, dichoso en su felicidad, y que si hubiese sido precisa su sangre para asegurar ó para aumentar esta felicidad extraña, convertida en suya propia, hubiese dado gustoso hasta su última gota, sin otro sentimiento que el de no poder morir mas que una vez. El que ha amado sabe esto. El que no ha amado lo ignora; yo le compadezco y no le respondo.

Le compadezco, porque nada ha conocido, ni de la vida humana ni de la divina; no le respondo, porque el testimonio de un muerto no prueba nada contra los vivos. ¿Qué nos importa á nosotros que

somos cristianos, si hemos de venir á hablar de nosotros, qué nos importa, repito, ser acusados de indiferencia hácia Dios por un hombre que no ha amado jamás á Dios? ¿Sabe él lo que pasa en nosotros? ¿Puede ni aun conjeturarlo? Él cree que con la vista fija en el cielo y en el infierno, con nuestras obras en una mano y con la balanza en la otra, estamos regateando con Dios el precio de nuestra abnegacion. Él ignora que el temor y la esperanza no son mas que los preliminares de la iniciacion cristiana, y que en virtud del primer mandamiento que encierra todos los demás, segun la palabra del mismo Jesucristo, el cristiano debe amar á Dios con todo su corazon, con todo su espíritu, con todas sus fuerzas, y sobre todas las cosas, so pena, añade San Pablo, *de no ser nada* (1). Él ignora que mas allá del umbral de la fe, el alma es afectada por la belleza invisible de un amor que no igualaron jamás en duracion, en intensidad y en sacrificios los afectos mas heróicos de este mundo; y que este amor, arrastrándonos al abismo de caridad en donde respira el mismo Dios, nos hace beber allí la necesidad de asociar todas las criaturas á la perfeccion y á la felicidad, cuyas primicias gustamos y cuya ulterior revelacion aguardamos. ¿Quién puede negar esta dilatacion del corazon del hombre en el cristianismo? ¿Quién puede negarla sino el que no la ha conocido jamás, y el que humillado y preso en las estrechas pasiones de los sentidos, donde todo es egoismo, mide por su alma el alma del cristiano y el alma del hombre?

Me avergüenzo, señores, de tener que probar delante de vosotros la realidad del amor y del sacrificio; pero el racionalismo me ha obligado á ello. Tambien me obliga á decir algunas palabras sobre el libre albedrío que, en union del desinterés, es la principal condicion del orden moral. Así como el orden moral queda destruido si el hombre no obra sino en vista de su interés, es igualmente destruido si el hombre no es dueño de sus actos. Por esta razon el racionalismo ha atacado con igual ardor nuestra libertad que nuestra generosidad; él necesita de nuestra servidumbre tanto como de nuestro egoismo: de nuestro egoismo para confundir el bien con el mal; de nuestra servidumbre para quitarnos la responsabilidad del mal ó del bien.

¿Somos libres? Vuestra conciencia y la mia responden: sí. El racionalismo nos dice: no. ¿Y da alguna prueba de ello? Ninguna.

(1) Primera epístola á los Corintios, cap. 13, vers. 2.

Nos pide por el contrario que le probemos que somos libres, y si le oponemos el testimonio de nuestro sentido íntimo, que sabe lo que hay en esto, le recusa como ciego é insuficiente. Teme que aquel sea el juguete de una potencia superior que hace de él, sin que lo sepa, el instrumento de su irresistible voluntad. En cuanto á nosotros, señores, que creemos en Dios, y que doblando la rodilla ante su adorable supremaeía, le hemos reconocido por padre, por señor, por principio y por fin de todas las cosas, no experimentamos, con respecto á lo que en nosotros pasa, las dudas caprichosas del racionalismo. Hijo de una bondad sin igual y de una sabiduría inconmensurable, no nos figuramos que Dios ponga en tortura su omnipotencia para engañar el corazon de su obra, y para darle en la esclavitud la ilusion de la libertad. Nosotros nos confiamos á la sinceridad divina y ni aun tratamos de investigar si estaria en su poder, aun cuando lo quisiese, inducirnos, con respecto á nosotros mismos y á nuestros propios actos, á una impresion tan contradictoria. Las verdades se encadenan lo mismo que los errores. Una vez rechazado Dios ó puesta en duda su existencia, yo le permito al racionalismo que desconozca la conciencia humana; estando destruido el edificio por su base ¿cómo se ha de sostener algun paredon suelto, ni qué interés podia haber por otra parte en hacerlo? ¿Qué es el hombre si Dios no existe? ¿Qué es entonces el bien y el mal? ¿Qué son lo pasado y lo venidero? No merece la pena de que nos ocupemos de un sueño, en una noche de que no hemos de despertar. Pero si Dios existe, si su nombre, que todo lo sostiene, está escrito en la bóveda de nuestra inteligencia como en la bóveda del cielo, entonces ni aun escucho ya al racionalismo, que me sugiere desconfianzas respecto á una libertad cuya presencia real siento en mí. Entonces obro con toda seriedad y examino formalmente todas las cosas. Mi conciencia es un santuario que me da oráculos; mi vida es un poder que responde de sí mismo; la solidez divina desciende á todo mi ser, y la duda no es ya ante mi espíritu sino una blasfemia y un juego. Yo soy libre; paso del bien al mal y del mal al bien. Suspenso entre estos dos términos, que lo infinito separa, cautivo voluntario, ó rebelde culpable, escojo y hago mi suerte á cada instante; elijo entre amarme ó amar á Dios sobre todas las cosas; me alejo, vuelvo, obedezco ó resisto á los remordimientos, y hasta en el crimen siento mi grandeza, conociendo mi soberanía. No necesito mas que una lágrima para remontar al cielo, no necesito mas que una mirada para recaer en el abismo. Esta lucha es grande, esta respon-

sabilidad es terrible; pero ¡oprobio y menosprecio al que desciende del trono por temor de los deberes que están allí con él!

¿Debo, señores, al concluir, aclarar otra dificultad que opone el racionalismo á la realidad del libre albedrío, y que saca, no ya de la vanidad de nuestra conciencia, sino de los mismos atributos de Dios? Lo haré rápidamente con el temor de fatigar vuestra atención, con la esperanza de abusar muy poco de ella. La verdad es breve, porque es clara.

La doctrina católica coloca entre los atributos divinos la presciencia, es decir, el conocimiento anticipado é infalible del porvenir, aun del porvenir que depende de las voluntades libres. Ahora bien, ¿cómo puede Dios prever esta última especie de porvenir, sino porque es el dueño de nuestros actos y porque los dirige como le place? ¿Cómo sabe infaliblemente lo que yo haré mañana, sino porque él lo ha decretado, y porque posee en su omnipotencia la certidumbre de nuestras determinaciones?

Habré respondido si descubro en la naturaleza de Dios y en la naturaleza del hombre un medio de prever los efectos de las causas libres que no destruya en nada su libertad.

Ahora bien, es notorio que ningun ser racional obra sin motivos, es decir, sin que haya algo que determine sus acciones. De aquí esas confesiones que se nos escapan á cada momento. Hé aquí, decimos, una razón, un interés, una ocasión que me determina, ó en otros términos, que me persuade á obrar. Y cuando se examinan los motivos, cuya impresión eficaz saca al hombre del reposo ó de la incertidumbre, convéncese uno de que no existen mas que dos: el motivo del deber y el de la pasión. O bien se decide el hombre en vista de lo verdadero, de lo bueno y de lo conveniente, ó bien se decide por la atracción de una satisfacción personal, independiente de toda idea de orden. La cuestión consiste solo en saber cuál de estos dos motivos es el que lo decide. Si no fuese libre, le vencería el atractivo de la naturaleza, así como el mayor peso es el que hace inclinar la balanza hácia el lado en donde se halla. Pero el hombre es libre, y entre dos atracciones iguales ó desiguales por sí mismas, es él el que decide soberanamente. Con todo eso, se decide en virtud de un motivo que le persuade, y no sin causa ni arbitrariamente. Sabe lo que hace y porqué lo hace; y hasta sabe porqué se ha persuadido á hacerlo. La persuasión no la adquiere solamente de fuera, sino que depende en él principalmente de su interior, del estado íntimo de su voluntad, de sus gustos y de sus virtudes, cosas todas que son el fruto del

libre albedrío, ó el mismo libre albedrío en actividad, tal como él se ha hecho, tal como quiere ser, tal como se presenta á los atractivos exteriores que vienen á solicitarle para el bien ó para el mal. El estado de la voluntad, sitio del libre albedrío, es el que determina la elección del hombre entre los dos motivos del deber y de la pasión. Suponed este estado conocido, y ya sabréis lo que hará el hombre en un caso dado, y en todos aquellos en que el conocimiento del estado de su alma haya precedido para vosotros á su acción. Tal es la base de la presciencia humana, así como de la presciencia divina. ¿No habeis confiado jamás vuestra fortuna ó vuestro honor á la palabra de un hombre? Lo habréis hecho, ó si os ha faltado la ocasión, habréis pensado interiormente en las personas á quienes hubieseis dado de buena gana esta prueba tan señalada de vuestra estimación. ¿De dónde procede esa seguridad que teneis? ¿Cómo estáis ciertos de que no expondréis vuestra vida á una traición? Lo estáis por el conocimiento que teneis del alma á la que abandonais la vuestra, y este conocimiento os basta para prever que en ningun caso, cualquiera que sea el peligro ó la tentación, serán sacrificados vilmente vuestra fortuna y vuestro honor.

Sin embargo pueden serlo: el corazón en que depositais vuestro secreto es falible, y está sujeto á asaltos imprevistos; no importa, vosotros dormís en paz, y nadie os acusará de imprudencia ni de credulidad. Si sucede que os háyais engañado por los acontecimientos, ¿qué diréis? Diréis: yo conocía mal á ese hombre, y le creía incapaz de una mala acción. Tal es la contingencia que tendéris, la de conocer mal, porque siendo vuestra inteligencia finita ó limitada, no podéis leer con claridad en el alma de otro, ni aun tampoco en la vuestra, de donde resulta que no teneis de vuestros juicios mas que una certeza moral, y una seguridad de vuestras previsiones, en el mismo grado.

No sucede esto en Dios. Dios, para servirme de la expresión de San Pablo, «*penetra hasta el punto de división del alma y del espíritu, hasta las raíces y la médula de nuestro ser, y discierne los últimos dobleces de nuestros pensamientos y de nuestras intenciones* (1). » Nosotros estamos eternamente ante él tales como somos. Él ve con una previsión infinita el estado de nuestra voluntad, y conociendo en la misma luz todas las circunstancias exteriores á que estaremos expuestos, tiene una certeza infalible de la elección que

(1) Epístola á los Hebreos, cap. 4, vers. 12.

haremos entre el bien y el mal, entre el motivo del deber y el de la pasión. Desde entonces sabe nuestra historia, que no es mas que una lucha mas ó menos larga entre dos atracciones opuestas : una que nos inclina hácia nuestro fin real ; otra que nos aparta de él hácia un término bajo y falso. Y no siendo esta ciencia anticipada de nosotros mismos la causa de nuestros actos, no coarta mas nuestra libertad que si no existiese.

El error en esta materia consiste en considerar el libre albedrío como una especie de potencia abstracta, independiente de su propio estado, y sin otro móvil que un capricho ilimitado. Si esto fuese así, no sería el hombre capaz de prever sus propias acciones un instante ántes de ejecutarlas. Su soberanía no sería sino una sinrazon permanente. Escogería entre el bien y el mal, sin saber porqué, y guiado por la casualidad, iría desde el crimen á la virtud por un exceso de libertad, y no halláramos en él sino un autómatas desarreglado. Tal no es el hombre, ni el libre albedrío ; ya os lo he hecho ver, y no me resta mas que dejar á vuestra conciencia elegir entre la moral cristiana y la del racionalismo.

El cristianismo concluye en la caridad y en la libertad ; el racionalismo concluye en el egoismo y en la fatalidad. Si en las cuestiones anteriores, que no se dirigian sino á la razon, algun resto de sombra afligia aún vuestra necesidad de luz, esta sombra acaba de desvanecerse. El abismo del error ha iluminado el abismo de la verdad. Así como los dogmas especulativos de la existencia de Dios, de la Trinidad, de la creacion, de la diversidad sustancial de la materia y del espíritu, y de la vocacion del hombre á la perfeccion y á la beatitud, conducen al dogma práctico de la distincion del bien y del mal ; asimismo, los dogmas especulativos del panteismo, del dualismo, del materialismo y del escepticismo, conducen al dogma práctico de la confusion del bien con el mal ; término supremo que todo lo discierne, y en donde las tinieblas se convierten en claridad.

SERMON QUINCUGÉSIMO PRIMERO.

Del hombre considerado como ser social.

Quando Dios hubo creado al hombre, y despues de haberle animado con el soplo de la vida, hubo derramado en su alma la luz y la justicia, la luz de la verdad y la justicia de la caridad, se detuvo, si es permitido decirlo así, para mirar su obra ; y viendo abrirse los ojos del hombre, escuchar á sus oídos, y temblar sus labios con la primera articulacion de la palabra, cuando hubo visto en fin á aquel barro que habia tocado su mano poderosa convertido en criatura sensible y racional, se quedó pensativo, como si faltase alguna cosa á la obra maestra que acababa de producir. En efecto, el misterio de nuestra creacion no estaba aún terminado ; Dios se recogia en sí mismo por segunda vez para poner á nuestra naturaleza el sello de una perfeccion mayor, y de antemano expresó su intento diciéndose á sí mismo : *Non est bonum hominem esse solum : no es bueno que el hombre esté solo* (1).

¿Por qué no era bueno que el hombre estuviera solo ? ¿De qué manera dejó de estarlo ? Tal es, señores, el objeto que hoy propongo á vuestras meditaciones y en el que veréis que la sociedad es el tercer don primitivo que Dios nos ha hecho, y el tercer medio que debía servirnos para el cumplimiento de nuestro destino.

Ningun ser está solo. Ya miremos por encima ó por debajo de nosotros, á Dios ó á la naturaleza, en todas partes vemos la pluralidad y la asociacion. Dios que es uno, no está solitario ; encierra tres personas en la unidad de su sustancia, y el mundo inferior que está dividido en una multitud innumerable de diferentes grupos, no presenta ninguno en que la criatura tenga la soledad por mansion y por ley. En cada grado de la existencia, encontramos el número y la union, es decir, la sociedad. El número sin la union no sería sino el aislamiento ; pero cuando seres distintos por la individualidad, semejantes por naturaleza, vienen á prestarse su vida, á penetrarse

(1) Génesis, cap. 2, vers. 18.